

GENARO.—A la verdad, es algo extraño huir de noche. Parezco un hombre que tiene miedo. Por otra parte, si hay peligro en cenar, no debo dejar á Maffio solo. Suceda lo que quiera. Es un albur como cualquier otro. Lo dicho. Me presentarás á la princesa Negroni. Me voy contigo.

MAFFIO (*cogiéndole la mano*).—¡Dios de verdad! Este es un amigo.

(*Salen. Se les ve alejarse hacia el fondo de la plaza. Don Alfonso y Rustighello salen de su escondrijo.*)

RUSTIGHELLO (*con la espada desnuda*).—Ea, ¿qué esperarás, monseñor? No son más que dos. Encargaos de vuestro hombre y yo me encargo del otro.

ALFONSO.—No, Rustighello. Van á cenar á casa de la princesa Negroni. Si estoy bien informado... (*Se interrumpe y parece meditar un instante, dejando escapar después una carcajada.*) ¡Pardiez! Esto favorecería todavía más mi asunto, y sería una divertida aventura. Esperemos á mañana. (*Entran en palacio.*)



ACTO III

EMBRIAGUEZ MORTAL

Una sala magnífica del palacio Negroni. A la derecha una puerta de escape. — En el fondo se abre una gran puerta de dos hojas. En el centro una mesa soberbiamente servida á la moda del undécimo siglo. Pajecillos negros vestidos de brocado de oro, circulan en torno. — En el momento de levantarse el telón hay catorce convidados en la mesa, Jeppo, Maffio, Ascanio, Oloferno, Apóstolo, Genaro y Gubetta, y siete mujeres jóvenes, lindas, lujosamente engalanadas. Todos beben ó comen, ó ríen á carcajadas con sus vecinas, excepto Genaro, que está pensativo y silencioso.

PERSONAJES

LUCRECIA BORGIA.	APÓSTOLO GÁZELA.
GENARO.	ASCANIO PETRUCCI.
GUBETTA.	OLOFERNO VITELLOZZO.
MAFFIO ORSINI.	LA PRINCESA NEGRONI.
JEPPÓ LIVERETTO.	DAMAS, PAJES, FRAILES.

ESCENA I

JEPP0, MAFFIO, ASCANIO, OLOFERNO, APÓSTOLO, GUBETTA,
GENARO, mujeres, pajes

OLOFERNO (*con el vaso en la mano*). — ¡ Viva el vino de Jerez! Jerez de la Frontera es una ciudad del paraíso.

MAFFIO (*con el vaso en la mano*). — El vino que bebemos vale más que las historias que contáis, Jeppo.

ASCANIO. — Jeppo tiene la manía de contar historias cuando ha bebido.

APÓSTOLO. — El otro día era en Venecia, en casa del Serenísimo dux Barbarigo; hoy es en Ferrara, en casa de la divina princesa Negroni.

JEPP0. — El otro día era una historia lúgubre; hoy es una historia alegre.

MAFFIO. — ¡ Una historia alegre, Jeppo! De cómo don Silicio, galante caballero de treinta años, que había perdido su patrimonio, se casó con la riquísima marquesa Calpurnia, que contaba cuarenta y ocho primaveras. ¡ Por Baco! ¡ Eso os parece alegre!

GUBETTA. — Es triste y común. Un hombre arruinado que se casa con una mujer caduca es cosa que se ve todos los días.

(*Sigue comiendo. De vez en cuando algunos se levantan y van á hablar en el proscenio mientras continúa la orgía.*)

LA PRINCESA NEGRONI (*á Maffio, señalándole á Genaro*). — Señor conde Orsini, tenéis ahí un amigo que me parece estar muy triste.

MAFFIO. — Siempre está así, señora. Me dispensaréis que lo haya traído sin que le hubiéseis hecho la gracia de invitarle. Es mi hermano de armas. Me ha salvado

la vida en el asalto de Rímini; y en el ataque del puente de Vicenza recibí una estocada que le iba dirigida. No nos separamos nunca. Vivimos juntos. Un gitano nos ha predicho que moriríamos el mismo día.

LA NEGRONI (*riendo*). — ¿ Os ha dicho si sería por la mañana ó por la noche?

MAFFIO. — Nos ha dicho que sería por la mañana.

LA NEGRONI (*riendo más fuerte*). — Vuestro gitano no sabía lo que se decía. ¿ Y le queréis vos mucho á ese joven?

MAFFIO. — Tanto como un hombre puede querer á otro.

LA NEGRONI. — Vamos, os bastáis uno á otro. ¡ Dichosos sois!

MAFFIO. — La amistad no llena todo el corazón, señora.

LA NEGRONI. — ¡ Dios mío! ¿ Qué es lo que llena todo el corazón?

MAFFIO. — El amor.

LA NEGRONI. — Vos tenéis el amor en la boca.

MAFFIO. — Y vos en los ojos.

LA NEGRONI. — ¡ Sois singular!

MAFFIO. — ¡ Y vos cuán bella sois! (*La coge del talle.*)

LA NEGRONI. — Señor conde Orsini, dejadme.

MAFFIO. — ¿ Un beso en vuestra mano?

LA NEGRONI. — ¡ No! (*Se le escapa.*)

GUBETTA (*acercándose á Maffio*). — Vuestros asuntos con la princesa llevan buena marcha.

MAFFIO. — Me dice siempre que no.

GUBETTA. — En boca de una mujer, *No* es el hermano mayor de *Sí*.

JEPP0 (*llegando de pronto á Maffio*). — ¿ Qué te parece la Princesa Negroni?

MAFFIO. — Adorable. Aquí, para entre nosotros, comienza á interesarme vivamente.

JEPP0. — ¿ Y su cena?

MAFFIO.—Una orgía perfecta.

JEPP0.—La princesa está viuda.

MAFFIO.—¡Bien se conoce por su alegría!

JEPP0.—Espero que ya no desconfiaras de su cena.

MAFFIO.—¡Yo! de ningún modo; estaba loco.

JEPP0 (*á Gubetta*).—Señor de Belverana, ¿creeréis que Maffio temía venir á cenar con la princesa?

GUBETTA.—¿Por qué?

JEPP0.—Porque el palacio Negroni está contiguo al de los Borgias.

GUBETTA.—¡Al diablo los Borgias y bebamos!

JEPP0 (*en voz baja á Maffio*).—Lo que me place en ese Belverana es que no aprecia á los Borgias.

MAFFIO (*en voz baja*).—En efecto, no deja nunca de enviarlos al diablo con una gracia particular; pero, amigo Jeppo...

JEPP0.—¿Y bien?

MAFFIO.—Le observo desde que comenzó la cena, y me parece extraño que no haya bebido aún más que agua.

JEPP0.—¡Vamos! ya vuelves á concebir sospechas, amigo mío; tienes un vino muy monótono.

MAFFIO.—Tal vez tengas razón, estoy loco.

GUBETTA (*volviendo y mirando á Maffio de pies á cabeza*).—¿Sabéis, caballero, que estais dotado de una compleción muy propia para vivir noventa años, y que por tal concepto os asemejáis mucho á un abuelo mío que alcanzó esta edad, y que se llamaba Gil-Basilio-Fernán-Ireneo-Frasco-Frasquito-Felipe, conde de Belverana?

JEPP0.—¡Vaya una letanía, señor de Belverana!

GUBETTA.—¡Ah! nuestros padres acostumbraban á darnos más nombres de pila que escudos para casarnos. Pero... ¿quién ríe tanto allá abajo? (*Aparte.*) Será preciso que las mujeres tengan un pretexto para marcharse. ¿Cómo lo haremos?

(*Vuelve á sentarse á la mesa.*)

OLOFERNO (*bebiendo*).—¡Vive el cielo, señores, que jamás pasé una noche tan deliciosa! Señoras, probad ese vino; es más dulce que el Lácrima Cristi, y más ardiente que el de Chipre. ¡Es vino de Siracusa, señores!

GUBETTA (*comiendo*).—Oloferno está beodo, según parece.

OLOFERNO.—Señoras, será preciso que os recite algunos versos que acabo de componer. Quisiera ser más poeta de lo que soy para cantar tan admirables festines.

GUBETTA.—Yo quisiera ser más rico de lo que soy para ofrecer otros á mis amigos.

OLOFERNO.—Nada es tan dulce como cantar una hermosa mujer y disfrutar de una buena comida.

GUBETTA.—Ó lo que es mejor, abrazar á la una y consumir la otra.

OLOFERNO.—Sí, quisiera ser poeta para elevarme al cielo; quisiera tener alas...

GUBETTA.—De faisán en mi plato.

OLOFERNO.—Voy á recitaros mi soneto.

GUBETTA.—¡Voto al diablo! señor marqués de Vite-llozzo, os dispense el soneto; dejadnos beber.

OLOFERNO.—¿Me dispensáis mi soneto?

GUBETTA.—Sí, como á los perros de morderme, al Papa de bendecirme, y á los transeúntes de apedrearme.

OLOFERNO.—¡Vive Dios! creo que me insultáis, caballero español.

GUBETTA.—No os insulto, gigantón italiano; pero no quiero oír vuestro soneto; mi gáznate necesita más el vino de Chipre que mis oídos la poesía.

OLOFERNO.—¡Pues os he de cortar las orejas para claváros las en los talones!

GUBETTA.—¡Sois un belitre! ¡Habrás visto otro mostrenco igual, embriagado con vino de Siracusa, y que parece borracho de cerveza!

OLOFERNO.—¡Por vida del diablo!... ¡os voy á des-
cuartizar!

GUBETTA (*trinchando un faisán*).—No os diré otro tan-
to, porque yo no trincho volátiles como vos... ¿señoras,
gustáis de un poco de faisán?

OLOFERNO (*precipitándose para coger un cuchillo*).—
¡Pardiez! ¡quiero abrir en canal á ese tunante, aun-
que sea más caballero que el emperador!

LAS MUJERES (*levantándose de la mesa*).—¡Cielos, van
á batirse!

LOS HOMBRES.—¡Poco á poco, Oloferno!
(*Desarman á Oloferno, que quiere precipitarse sobre Gu-
betta, y entre tanto las mujeres desaparecen por la puer-
ta lateral.*)

OLOFERNO (*forcejeando*).—¡Vive Dios!

GUBETTA.—Rimáis tan bien con esa palabra, mi que-
rido poeta, que habéis hecho huir á las damas. Sois
un torpe.

JEPPO.—Eso es verdad. ¿Dónde diablos se habrán
ido?

MAFFIO.—Habrán tenido miedo: cuchillo que reluce,
mujer que huye.

ASCANIO.—¡Bah! ya volverán.

OLOFERNO (*amenazando á Gubetta*).—¡Ya te encontra-
ré mañana, Belverana del diablo!

GUBETTA.—Mañana no hay inconveniente. (*Oloferno
se sienta vacilante y con cólera; Gubetta suelta la carca-
jada*). ¡Qué imbécil, hacer huir así á las más lindas mu-
jeres de Ferrara con un cuchillo de mesa! ¡Enfadarse
por los versos! ¡Ahora creo que tiene alas; ese Olo-
ferno no es un hombre, sino un ganso!

JEPPO.—¡Haya paz, señores! Ya os cortaréis mañana
el cuello como es debido; batios al menos como caba-
lleros, con espadas, y no con cuchillos.

ASCANIO.—A propósito, ¿qué hemos hecho de nues-
tras espadas!

APÓSTOLO.—¿Olvidáis que nos han obligado á dejar-
las en la antecámara?

GUBETTA.—¡Y la precaución ha sido buena, pues de
lo contrario nos habríamos batido delante de las da-
mas, por lo cual se habrían sonrojado hasta los flamen-
cos de Flandes, ebrios de tabaco!

GENARO.—¡Buena precaución, en efecto!

MAFFIO.—¡Pardiez, hermano Genaro, he aquí la pri-
mera palabra que pronuncias desde que comenzó la ce-
na, y nunca bebes! ¿Piensas en Lucrecia Borgia? Decidi-
damente tienes algún amorío con ella: no lo niegues.

GENARO.—¡Dame de beber, Maffio! No abandono á
mis amigos ni en la mesa ni en el juego.

UN PAJE NEGRO (*con dos frascos en la mano*).—Seño-
res, ¿queréis vino de Chipre ó de Siracusa?

MAFFIO.—De Siracusa; es el mejor.

(*El paje negro llena las copas.*)

JEPPO.—¡Por vida de Oloferno! ¿No volverán esas
damas? (*Se dirige sucesivamente á las dos puertas*). ¡Están
cerradas por fuera, señores!

MAFFIO.—¿Tendréis miedo á vuestra vez, Jeppo? No
quieren que las persigamos. Es muy natural.

GENARO.—¡Bebamos, señores!

(*Se oye el choque de las copas.*)

MAFFIO.—¡A tu salud, Genaro! Brindo por que halles
pronto á tu madre.

GENARO.—¡Dios te oiga!

(*Todos beben, excepto Gubetta, que arroja el vino por en-
cima del hombro.*)

MAFFIO (*en voz baja á Jeppo*).—Ahora sí que lo he
visto, Jeppo.

JEPPO (*en voz baja*).—¿El qué?

MAFFIO.—Belverana no ha bebido.

JEPPO.—¡Cómo!

MAFFIO.—Le he visto arrojar el vino por encima del
hombro.

JEPP0.—Está ebrio, y tú también.

MAFFIO.—Es posible.

GUBETTA.—¡Venga una canción báquica, señores! Voy á cantaros una que valdrá más que el soneto de Oloferno, y juro por el cráneo de mi padre que no la compuse yo, puesto que no soy poeta ni tengo bastante ingenio para hacer que dos rimas se besen expresando una idea. He aquí mi canción, cuyo asunto es muy delicado, pues tiende á demostrar que el cielo pertenece á los borrachos.

JEPP0 (*en voz baja á Maffio*).—Está más embriagado que borracho.

TODOS (*excepto Genaro*).—¡La canción, la canción!

GUBETTA (*cantando*):

Abre la puerta, San Pedro
al alegre bebedor,
que con voz robusta y fuerte
quiere cantar ¡Gloria Domino!

TODOS (*á coro, excepto Genaro*).—¡Gloria Domino!
(*Chocan las copas, riendo á carcajadas. De repente se oyen voces lejanas que cantan con tono lúgubre.*)

VOCES (*fuera*).—*Sanctum et terribile nomen ejus. Initium sapientiæ timor Domini.*

JEPP0 (*riendo ruidosamente*).—¡Escuchad, señores! Mientras nosotros entonamos la canción báquica, el eco canta visperas.

TODOS.—¡Escuchemos!

VOCES (*fuera, y un poco más próximas*).—*Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*
(*Todos rien á carcajadas.*)

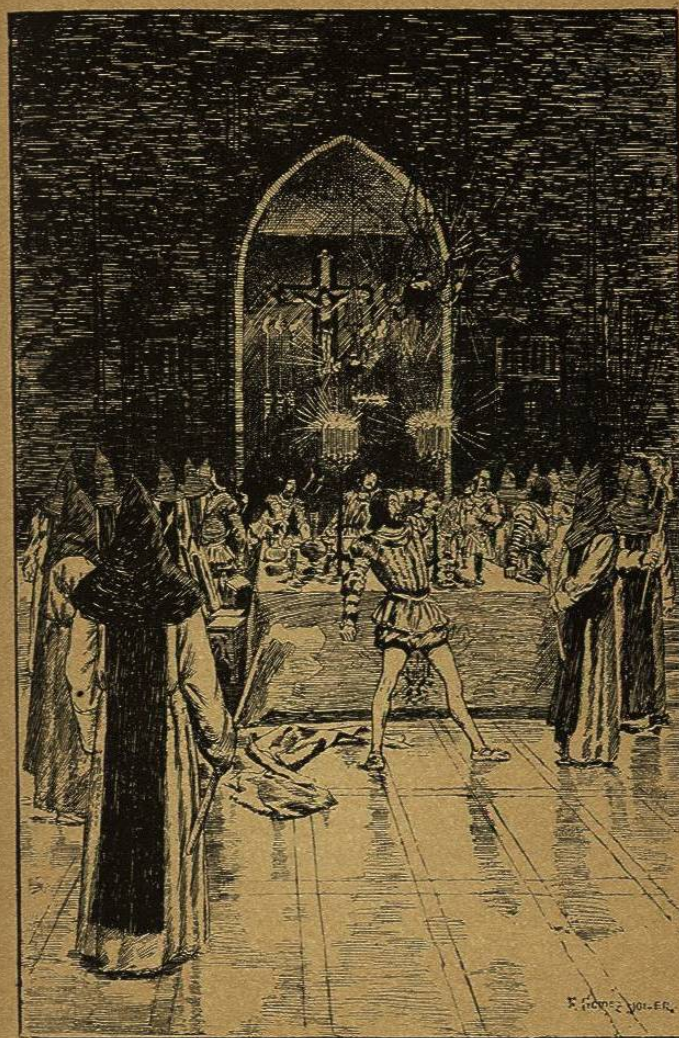
JEPP0.—Canto llano del más puro.

MAFFIO.—Alguna procesión que pasa.

GENARO.—¡A media noche! Es un poco tarde.

JEPP0.—¡Bah! continuad, caballero Belverana.

VOCES (*fuera, y más próximas aún*).—*Oculos habent et*



JEPP0.—¡Qué lazo tan espantoso!

non videbunt. Nares habent et non odorabunt. Aures habent, et non audient.

(Todos rien cada vez con más fuerza.)

JEPP0.—¡Serán chillones esos frailes!

MAFFIO.—¡Mira, Genaro! las lámparas se apagan aquí, y nos quedamos á oscuras.

(Las lámparas palidecen, como si les faltara el aceite.)

VOCES *(fuera y más cerca)*.—*Manus habent et non palpabunt; pedes habent et non ambulabunt; non clamabunt in gutture suo.*

GENARO.—Me parece que las voces se aproximan.

JEPP0.—Diríase que la procesión está ahora debajo de nuestras ventanas.

MAFFIO.—Son las oraciones de difuntos.

ASCANIO.—Será algún entierro.

JEPP0.—Bebamos á la salud del que van á enterrar.

GUBETTA.—¿Sabéis que no habrá más de uno?

JEPP0.—¡Pues bien, á la salud de todos!

APÓSTOLO *(á Gubetta)*.—¡Bravo! continuemos por nuestra parte la invocación de San Pedro.

GUBETTA.—Sed más cortés; se debe decir: al señor San Pedro, digno portero del paraíso. *(Canta.)*

Todos *(chocando sus copas y profiriendo carcajadas)*:

¡Gloria Domino!

(La gran puerta del fondo se abre silenciosamente de par en par y se ve fuera una inmensa sala tapizada de negro, iluminada por algunas antorchas y con una gran cruz de plata en el fondo. Una larga fila de penitentes, blancos y negros, á los que sólo se les ven los ojos por los agujeros de la capucha, avanza precedida de una cruz y llevando cada monje un cirio en la mano. Entran por la puerta grande cantando con acento lúgubre y en voz alta):

¡De profundis clamavi ad te, Domine!

(*Se alinean silenciosamente en ambos lados de la sala, permaneciendo inmóviles como estatuas; mientras que los jóvenes caballeros los miran con estupor.*)

MAFFIO.—¿Qué quiere decir eso?

JEPP0 (*esforzándose para reirse*).—Es una broma. Apuesto mi caballo contra un cerdo, y mi nombre de Liveretto contra el de Borgia, á que son nuestras encantadoras condesas las que se han disfrazado de ese modo para ponernos á prueba, y que si levantamos una de esas capuchas veremos debajo el lindo rostro de una hermosa mujer. Mirad. (*Levanta sonriendo una de las capuchas, y queda petrificado al ver el rostro lívido de un monje, que permanece inmóvil con el cirio en la mano y la vista baja. Deja caer la capucha y retrocede.*) ¡Esto comienza á ser extraño!

MAFFIO.—No sé por qué se me hiela la sangre en las venas.

LOS PENITENTES (*cantando con voz sonora*).—*¡Conquassabit capita in terra multorum!*

JEPP0.—¡Qué lazo tan espantoso! ¡Nuestras espadas, vengan nuestras espadas! ¡Señores, aquí estamos en casa del demonio!

ESCENA II

Los mismos, LUCRECIA

LUCRECIA (*apareciendo de repente, vestida de negro, en el umbral de la puerta*).—¡Estáis en mi casa!

TODOS (*excepto Genaro que observa desde un rincón, donde Lucrecia no le ve*).—¡Lucrecia Borgia!

LUCRECIA.—Hace pocos días, todos los que estáis aquí, pronunciábais mi nombre con expresión de triunfo, y hoy lo hacéis con espanto. Sí, ya podéis mi-

rarme con esos ojos atónitos por el terror; soy yo, señores, y vengo para deciros que todos estáis envenenados, y que á ninguno de vosotros le queda una hora de vida. No os mováis, porque la sala contigua está llena de soldados. ¡A mi vez podré hablaros alto y pisaros la cabeza! ¡Jeppo Liveretto, vé á reunirte con tu tío Vitelli, á quien mandé dar de puñaladas en los subterráneos del Vaticano! ¡Ascanio Petrucci, vé á buscar á tu primo Pandolfo, á quien asesiné para robarle su palacio! ¡Oloferno Vitellozzo, tu tío te espera, ya sabes. Yago Appiani, á quien envenené en una fiesta! ¡Maffio Orsini, pronto podrás hablar de mí en el otro mundo á tu hermano el de Gravina, á quien mandé estrangular durante su sueño! ¡Apóstolo Gazzella, yo hice decapitar á tu padre Francisco Gazzella, y asesinar á tu primo Alfonso de Aragón, según tú dices; vé á reunirte con ellos! Me obsequiásteis con un baile en Venecia, y os correspondo con una cena en Ferrara. ¡Fiesta por fiesta, señores!

JEPP0.—¡He aquí un triste despertar, Maffio!

MAFFIO.—¡Pensemos en Dios!

LUCRECIA.—¡Ah, amiguitos míos del último carnaval, ya sé que no esperabais esto! Me parece que esto es vengarse bien. ¿Qué opináis, señores? Creo que no está del todo mal para una mujer. (*A los monjes.*) Padres míos, conducid á esos caballeros á la sala contigua, que ya está preparada; confesadlos, y aprovechad los pocos instantes que les quedan para salvar en ellos lo que aún sea posible. Señores, aquellos que entre vosotros tengan alma, deben apresurarse. Estad tranquilos; esos dignos padres son monjes de San Sixto, á quienes el Padre santo ha permitido ayudarme en ocasiones como la presente. Y si me he cuidado de vuestras almas, advertid que no he olvidado los cuerpos. ¡Mirad! (*A los monjes que están delante de la puerta del fondo.*) Apartad un poco para que estos se-

ñores vean. (*Los monjes se desvían, y entonces se ven cinco ataúdes, cubierto cada cual con un paño negro y alineados delante de la puerta.*) Ya lo veis, hay cinco. ¡Ah caballeros! ¡arrancáis la piel á una desgraciada mujer, creyendo que ésta no se vengará! ¡Ved ahora vuestros ataúdes!

GENARO (*á quien no ha visto hasta entonces, da un paso*).—¡Se necesita otro, señora!

LUCRECIA.—¡Cielos, Genaro!

GENARO.—El mismo.

LUCRECIA.—Que todo el mundo salga de aquí y nos dejen solos... ¡Gubetta, suceda lo que quiera, y aunque se oiga algo de lo que ha de pasar aquí, que no entre nadie!

GUBETTA.—Está bien.

(*Los monjes salen procesionalmente, conduciendo entre sus filas á los cinco caballeros vacilantes y aturcidos.*)

ESCENA III

GENARO, LUCRECIA

(*Sólo iluminan la sala algunas lámparas moribundas, y se han cerrado las puertas. Lucrecia y Genaro, solos, se miran algunos instantes en silencio, como no sabiendo por dónde comenzar.*)

LUCRECIA (*hablándose á si misma*).—¡Es Genaro!

CANTO DE LOS MONJES (*fuera*).—*Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laborant qui ædificant eam.*

LUCRECIA.—¡Otra vez vos, Genaro! ¡Habréis de estar siempre allí donde descargo mis golpes! ¡Santo cielo! ¿cómo os habéis mezclado en todo esto?

GENARO.—Lo sospechaba.

LUCRECIA.—¡Otra vez estáis envenenado, y vais á morir!

GENARO.—Si quiero... tengo el antidoto.

LUCRECIA.—¡Ah! ¡Dios sea loado!

GENARO.—Una palabra, señora; vos sois experta en la materia, y podréis decirme si hay bastante elixir en este frasquito para salvar á los caballeros que esos monjes conducen á la tumba.

LUCRECIA (*examinando el frasco*).—¡Apenas hay bastante para vos, Genaro!

GENARO.—¿No podéis obtener más al punto?

LUCRECIA.—Os he dado cuanto tenía.

GENARO.—Está bien.

LUCRECIA.—¿Qué hacéis, Genaro? Despachad; no juguéis con cosas tan terribles, pues nunca se bebe á tiempo un contra-veneno. ¡Apuradlo, en nombre de Dios! ¡Qué imprudencia habéis cometido! Asegurad vuestra vida, y yo os facilitaré la salida de palacio por una puerta oculta que conozco. Todo se puede remediar aún; es de noche; muy pronto tendré dos caballos ensillados, y mañana á primera hora estaréis lejos de Ferrara. ¿No es verdad que suceden cosas terribles? ¡Bebed y marchemos; es preciso vivir; es forzoso salvaros!

GENARO (*tomando un cuchillo de la mesa*).—¡No; ahora vais á morir, señora!

LUCRECIA.—¡Cómo! ¿Qué decís?

GENARO.—Digo que acabáis de envenenar traidoramente á cinco caballeros, que eran mis mejores amigos, contándose entre ellos Maffio Orsini, mi hermano de armas, que me salvó la vida una vez, y á quien debo vengar, porque las injurias que recibimos son comunes. Digo que habéis cometido un acto infame; que debo vengar á Maffio y á los demás, y que vais á morir.

LUCRECIA.—¡Cielos!